



El indio,



aun sin añadirlo expresamente (si habes tenido la más remota de las intenciones de hacer caso a nadie en una de esas equívocas farraginas y no poco perversas — siguió, con la lectura, vocalizando correctamente y marcando las pausas aunque de forma desigual, sin tener que poner en ello cuidado especial, tan habituado a dictar con la mente puesta en sus propios asuntos — que en más ocasiones de las desahíadas se prestan a interpretaciones erróneas) así — una vez cerradas las corchetes y los bráctea de la línea hasta el cuello — eventual lector a suponer que el mencionado conflicto ha de ser necesariamente de intereses compuestos y a largo plazo cuando (y debiera ello de resultar evidente) los intereses simples y a corto plazo son los que más suelen desmenuzarse, si no se ven satisfechos o cumplidos, a las criaturas impacientes que por culpa de sus cortas miras no reparan en que los designios del Altísimo no están trazados a la medida de los deseos, terrenos los más de las veces, que el común de los mortales pensantes — “que no sólo sintieron”, puntualizó, apartando su mirada del texto para pensar por un instante en Petronia y en sus ojillos asustados — da en suponer que el ver satisfechos es lo que más felicidad va a reportarles.

Fin



Argues



No, no lo busque en ningún diccionario porque no lo va a encontrar; pero nosotros/as se lo explicamos.

Para argumentar es imprescindible mover las manos y hacer algo de ruido al mismo tiempo.

Son, desde luego, muchísimas las cosas que se pueden hacer moviendo las manos y haciendo, al mismo tiempo, algo de ruido.

Pero, he aquí un matiz, el ruido — para desconcierto de quien esté tentado de exclamar “¡ya lo tengo!” — ha de ser el producido por el roce o entrecrozar de aquello sobre lo que las manos están moviéndose.

El roce (o entrecrozar) tiene, a su vez, que ocasionar un sonido leve que debe interrumpirse a intervalos irregulares — irregulares siempre si lo que se pretende es un arguente en condiciones, o exitemos argumentando pero menos a mal —, continuamente y de forma prolongada...

Lo de “prolongada” es tan subjetivo que resulta, lo reconocemos, un término ambiguo.

“Prolongada” es toda acción o situación que al o a la que ha de sufrirla o padecerla — si la acción es grata o placentera deja de ser prolongada o cesa por lo menos de parecerlo, como comprende fácilmente cualquiera — se le antoja larga y, para el caso concreto del arguente y su perfecta compensación, es del todo impredecible que críspate los nervios.

— ¿Puede — se preguntará nuestro lector — un arguente en condiciones críspate los nervios?

Nosotros/as no vamos a responder a una pregunta tan estrechamente ligada a:

a) La personalidad.

b) La subjetividad.

Nos vamos, empero, a circunscribir al hecho de que nos encontramos así las cosas frente a una nueva consideración a tener en cuenta:

Para que alguien argue se hace falta otro alguien; el alguien a quien dirige la acción.

Por ir concretando: si usted quiere argumentar se las tendrá que ingeniar para no estar solo/a.

Claro que, por otra parte, como hay ciertos actos que no se pueden llevar a cabo si no es en compañía — o si se puede, pero ahí nos meteríamos en terrenos delicados en los



Buscamos algo y



en nuestro desordenado **arguente** por cajones y alfileres y rincones, y cajas de galletas y zapatos de esas que se almacenan contentando junto a la corporeidad del objeto guardado¹ el secreto insondable de un “para qué” inquietivo que el tiempo ha ido borrando **sin paciencia y sin ira** toparon nuestras dedos con las cuentas de un rosario de nombres y de rostros desgranados, tan jóvenes que pero quién — costaría trabajo no exclamar si no fuera por el justo temor a que la voz exclamando se quebrara, de tan viejo y tan ajada ya — diría...

¹ Que las más de las veces no es ni mucho menos el buscado sino alguno tan contemporáneo como una barra de labios — una libreta, que quisiera acordar (no de la rosa y no tiene final uno de los matices, de color grato —, o una moneda que dejó de ser de curso legal hace ya décadas, o www.wikipedia.org/wiki/la_moneda que las distintas monedas por las que pasó fueron dejadas, o un felpudo diminuto que — encapado en un zapato de tacón también diminuto de color (también) grato — exhibe una etiqueta en la que puede leerse “para qué?”, o una foto que sirvió para abrir que, o una estampa, o la jaula de cristal (de cristal, con su cuello tan largo) que cubrió religiosamente inanimado de un resaca de rivas, o...

¿Que andábamos buscando?



La respuesta

no parece, en un principio, que pueda resultar problemática; no tiene uno, o tres, o un hazque — o una multitud por aquello de no visibilizar a género alguno de experiencias — más que llegar y decir para ya o mostrar a nosotros mismos Falcón de Tal, o Peregrino de Ciel, o entrafes o loques o ardores o loques de más allá o hijos, tadoñas y cada uno/a, de nosotros/as respectivos/as padraños... No, mira, ahí nos hemos equivocado, pero en un alarde de humildad y de saber no ocultar nuestros errores lo vamos a dejar como está y seguir, como si tal cosa, aunque solíamos — eso sí — las distancias que nos damos por serados en lo que consideramos a nuestras semejanzas que, como si vamos al diccionario de sinónimos encontrásemos que son “similares”, o — más también — “parecidos/as”, o nosotros/as mismos/as, ¿no?, que es de quienes osamos hablando, si no hemos perdido el hilo y, por una, perdonados/as tanto unos/as como otros/as — aparte de “de valores eternos”, que también se da por sentado y no sabemos si vamos a tener ellas para tantos/as — de distancias tan nada diferentes de las propias que para qué repetidas, nosotros, por puro sentido común y del aborro, nos atenemos a la más sencilla de las lógicas y no las repetimos...

¿O si lo hemos perdido?

El hilo, que sería lo grave; porque el sentido común — para cosa tan corriente —, cuando ni qué puede importar o arde, además, nos queda el pecho, de infinitamente mayor espanda y entida. Y si lo hemos perdido, Dios no lo quiera, si así la habremos hecho porque nos pasó, como, hace apenas unos días así — más lejos, nos sucedió a nosotros en nuestras propias carnes mortales cuando fuéramos... para qué podía estar siendo, que así al precio no caemos...

Bueno, para ir soltando, pero un demoradillo...

¿Qué andábamos diciendo? Ah, ya; que para coger la pizza de la caja con que sujetar el calor acortado del cuerno de estar y poder así abrir la ventana... Pero tampoco vamos a entendernos en eso porque, nos figuramos, quien más quiere menos ya cuenta con sus trucos propios para abrir sus ventanas.

Además, la ventana la termináramos de cerrar; así que, la pizza...

Bueno, mirad en igual.

El caso es en resumidas cuentas que fuera por lo común que fuere **buscábamos algo** y derramamos, así quisiera, la cepa de algún soltar repetido que nuestra memoria se ablandó en despertar como **entrafada**...

Así sin esperarla.

La dejemos hacer — a la memoria — y, con delite, la aplicamos — si se trata, pero si tenemos que explicarlo todo nos dejemos de sofisticaciones y de tracas, por poner un parón, que era legít — con las penas de las dudas en las manos, y en el cuello, y detrás de las orejas y

Secuencia para un mote